

XXXVI Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana

Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires-julio de 2024

El arca de Noé o cómo vivir juntos en América. Mirada, intimidad y paisaje en Lina Beck Bernard

Graciela Batticuore
UBA-CONICET

El arca de Noé o cómo vivir juntos

“La vista llega antes que las palabras”
John Berger

En los últimos años se publicaron varios estudios sobre la obra *El río Paraná. Cinco años en la confederación*, de Lina Beck de Bernard, una viajera alzaciana que llegó al territorio argentino en 1856, acompañada por su marido y una comitiva de inmigrantes que fundaron la primera colonia agrícola en la región de Santa Fe. Antes de partir, Charles Beck Bernard había firmado uno de los primeros contratos de colonización de la historia argentina, en el que intervienen empresarios locales y extranjeros. La travesía en altamar duró poco más de dos meses, el matrimonio viajó acompañado por dos hijas pequeñas y un grupo de cincuenta familias de agricultores suizos que salieron del puerto de Southampton en el mes de enero, cruzaron el océano en una gran embarcación llamada Tamar, después cambiaron vapores y goletas remontando el río Paraná hasta llegar a la región de Santa Fe, donde se instalaron en una casa antigua con vista a la plaza central de la Colonia San Carlos. Allí vivió Lina hasta 1862.

Al volver a su país, escribió varias novelas y el libro de viajes que en su versión original se edita en francés y en París. Recién en 1935, José Luis Busaniche, lo tradujo al español acortando el título para destacar el valor histórico de la obra (*Cinco años en la Confederación. 1857-1862*, así lo titula), pero en la edición más reciente de Eduner, publicada en 2013, con prólogo y trabajo crítico de Claudia Torre y traducción de Cecilia

Beceyro, se recupera el título y el texto original. Me interesan de esta obra varias cosas, por un lado, la mirada que despliega esta narradora extranjera sobre el territorio local, la relevancia que otorga a las imágenes y las palabras que recrean panorámicas del viaje por mar o por tierra. Pero, sobre todo, el modo en que se retrata a sí misma y a su comunidad, en medio de una geografía y una cultura completamente nueva para ellos.

¿Qué significa para Lina vivir juntos en América?, ¿cómo se conjugan en este texto la aventura de conocer y el afán comercial de la empresa migratoria de la que forma parte; la ilusión de habitar y el anhelo de poseer? ¿Y cómo se promedian las emociones dóciles o los ideales felices y el ansia de aventura con el riesgo, el temor y la violencia que deparan la naturaleza o la sociedad americanas? Por razones de tiempo voy a referirme sobre todo a esto último centrándome solo en dos capítulos del libro. El primero está promediando el relato, cuando la viajera está recién llegada al Litoral. En una de las primeras vistas de la casa encontramos a Lina observando todo el vecindario desde la azotea. A lo largo del texto asistimos a un gran despliegue de miradas por parte de la narradora (los ojos de Lina se destacan trazando panoramas, paisajes, retratos o autoretratos), pero esta vez la mirada está situada *desde arriba, en redondo, a distancia*, tratando de captar la diversidad de la gente, sus costumbres, también las terrazas de otras casas y el barrio o la comarca en su totalidad. Dice así en los primeros párrafos:

“Nuestra casa es un amplio edificio de estilo oriental, como todas las casas antiguas del lugar, donde de hecho los usos y costumbres de Andalucía, ya que Santa Fe era su colonia, siguen existiendo todavía. Al exterior, dando a la calle, pocas aberturas y más puertas que ventanas. La entrada principal llamada zaguán conduce al primer claustro o patio. Alrededor de este patio se abren las puertas y las ventanas de amplias piezas que componen la vivienda. (...) Los techos son azoteas (con terrazas). Por encima de la puerta de entrada hay, como en muchas casas en Oriente, una pieza única llamada altillo, que tiene un balcón a la calle que se llama mirador. Desde este mirador la vista es encantadora” (67).

Podríamos decir que en esta primera imagen de la viajera en la casa hay algo que recuerda la posición tradicional de las mujeres del pasado, que solían observar el mundo desde la ventana (como muestran innumerables composiciones en la literatura o el arte europeo, incluyendo una muy conocida y moderna: “Muchacha en la ventana”, de Salvador Dalí (1925)). Pero esta observadora no solo ha llegado de lejos, sino que adopta aquí un punto de vista

privilegiado que, efectivamente, le permite *ver más allá*: no solo las casas, el vecindario, sino también la pampa ondulante de la gran comarca chaqueña que ella irá palpando a fondo durante su estadía. Ya Lina avizora el territorio y se ve a sí misma inmersa, otra vez, en este otro paisaje terrestre que circunscribe el reducto particular de la colonia. Desde lo alto, *la mirada es abarcativa* y busca conocer o dominar lo que además de nuevo es, en cierto modo, propio. Pero sobre todo hay curiosidad en esta mirada, por más que la observadora sea una colona recién llegada al lugar y también la dueña de la casa donde su familia ha venido a probar fortuna. Sin embargo, aquí la mirada femenina no es posesiva sino *atenta, curiosa y meticulosa*, sensible al entorno. Y es que Lina *observa para conocer y mira para narrar*. Esa es una constante de todo el relato, que se traduce en una escritura marcadamente descriptiva, instructiva, que acierta su equilibrio entre el matiz racional e informado de la prosa y la inflexión romántica.

Ahora bien, avanzando bastante más en el texto y en la estancia de Lina en la región nos encontramos con otras *vistas internas de la casa*, que complementan la imagen anterior. En el capítulo titulado “El arca de Noé”, la narradora describe una domesticidad poblada de niños y animales. Se trata de un momento feliz del relato, donde Lina entra complacida en la intimidad y en la poesía:

“Nuestra casa es un espécimen del navío famosos que tuvo por misión salvar los animales del diluvio universal. ¡El patriarca Noé debió tener experiencias similares! Les dan a nuestros niños todo tipo de bípedos y cuadrúpedos, en cantidad cada vez mayor. Tuvimos tres ciervas en nuestro patio; una de ellas, destacada por su inteligencia, nos la regalaron al mismo tiempo que un joven tigre. Rechazamos el tigre y aceptamos la gama. Resultó ser una verdadera encarnación de la poesía del desierto, una encantadora criatura. Nos hacía pensar en la joven gacela con patas finas, con ojos negros y dulces que el Moro Hassan le ofrece a doña Banca en *El último de los Abencerrajes*. En muy poco tiempo, el animal se acostumbró a todos nosotros y nos mostraba tanto afecto como podría hacerlo un perro inteligente. (...) Todas las mañanas, muy temprano, oía sus patitas que sonaban sobre las baldosas; venía a golpear la cadena de mi puerta, para decirme buen día. Una vez abierta la puerta, entraba y se miraba en el espejo del armario, agarraba de la mesa cáscaras de naranja que le gustaban mucho y se acostaba a mis pies mientras leíamos o trabajábamos. Jugaba con los niños, los quería mucho.”

En la casa solariega de Lina en Paraná cohabitan las especies y los niños. Hay contacto entre los seres, hay afectividad, belleza. Si bien, como señala Barthes (2003), el arca es como una cámara que propone un cierto aislamiento para los que están adentro, pero destinados a

perecer (ya que la reproducción es imposible en el grupo). *El arca de Lina* también desaparecerá algún día, cuando ella y los suyos regresen a Europa donde los espera su antiguo hogar, pero mientras tanto, en este reducto de una domesticidad provisoria y algo extravagante, lo íntimo se expresa de un modo genuino, inaudito, cuando aparece en la casa una gama que se mira al espejo del dormitorio como si fuera una gran señora (aunque es la mujer quien la observa y describe la escena). La imagen que compone esta vez la narradora puede leerse como una metáfora narrativa o poética del *ideal de vivir juntos en tierras extranjer*as. O, más precisamente, en tierra adentro americana, es decir, justo allí donde *estar con otros requiere convivir en las diferencias, incluso hacer familia con otras especies*. Lina se entusiasma con la descripción de esta escena que toma un cierto cariz de encantamiento, pero que en seguida dispara una deducción muy propia de la mirada eurocentrista, a menudo confiada en ciertas bondades de la vida lejos de la civilización. “En general, en este país, los animales, todavía primitivos, no parecen tener unos contra otros los prejuicios salvajes de su misma especie en Europa” (139), anota después de un largo párrafo donde sigue describiendo, complacida, la intimidad de los humanos con todo tipo de especies que circulan por la casa. No solo una gama que entra al dormitorio, sino gallinas que ponen huevos en la cocina, pollitos y patitos apenas salidos del cascaron, que conviven con pequeños gatos que se amamantan del pecho de su madre. También hay cachorros, perros, una periquita verde a la que le gusta la leche y la compañía de los otros animales en la casa de Lina. Hay caballos, ñandúes que caminan adentro, incluso una mulita y unas nutrias, tres tortugas, un hermoso papagayo del Paraguay que habla en español y, a veces, un poco de francés. Hay unos carpinchos que viven en el tercer patio de la casa con las gallinas, los pavos, las cercetas, las pintadas. Y más allá hay pájaros, tucanes, loros, palomas y palomitas. Si hay fieras están lejos, no se acercan a la casa. De lo que se deduce que, si la felicidad es posible en América, habitar con los que son diferentes puede ser la clave.

La casa en armas. Otras miradas desde adentro

Pero a lo largo del relato, la mirada de Lina conjuga siempre una *tensión entre el habitar y el poseer*, entendiendo la idea de *habitar* como la posibilidad de intimar con otros, de prestar atención e involucrarse (sigo en esto las propuestas de Vinciane Despret en su libro *Habitar*

como pájaro). *Poseer*, en cambio, es un término que está ligado al territorio, al afán de ganancia o de lucro, a los intereses que son propios de la vida de los colonos, que han venido hasta aquí con tales aspiraciones. Se podría decir que Lina está en el medio, tensionada por esas ambiciones dispares. De hecho, avanzando el relato nos encontramos con otra vista interna de la vivienda que ella habita con su esposo y las hijas, que es muy distinta a la anterior. Se trata de un capítulo que lleva título elocuente, “Guerra y guerrilla”, donde aparece la pormenorizada descripción de *la casa en armas*, preparada para resistir a las revoluciones constantes de caudillos. O a los saqueos que llevan a cabo un grupo de soldados en retirada, que han sido abandonados por su jefe militar. Se trata, concretamente, del General Urquiza, quien acaba de perder todo su poder y liderazgo en la célebre batalla de Pavón, en 1861.

Ya en páginas anteriores, la autora había dado cuentas de la vida política en la región. Recién llegada a Buenos Aires describe críticamente a J. M. de Rosas y a su entorno; más adelante, se va a mostrar fascinada por la apostura del Gral. Mitre, a quien conoce en persona. Pero en “Guerra y guerrilla”, Lina describe los peligros de la vida en tierra dentro, donde las familias están siempre expuestas a las vicisitudes de la violencia política de turno, incluso adentro de las propias casas. Porque en estas tierras la guerra “no es una guerra como la interpretamos nosotros” (143), anota al comienzo del capítulo, sino que se mete en todas partes, en el quehacer cotidiano de las mujeres, entre medio de los niños, los animales domésticos, la comunidad de vecinos de la colonia. De allí que la narradora, que antes se había mostrado enternecida, en medio de una domesticidad poetizada, aparezca ahora liderando una barricada doméstica, con fusil en mano y junto a los vecinos que acuden en su ayuda, para resguardar no solo las propias vidas sino las posesiones. La casa se convierte de en una fortaleza. Y su dueña en una líder improvisada pero bien aguerrida:

“Solos en casa, con niños y criados, tomamos algunas medidas de defensa. Todos los días los fusiles y pistolas son meticulosamente revisados, cargados y descargados, vueltos a cargar según las necesidades. Del lado de la calle, unas sólidas rejas de hierro protegen las ventanas, nuestro coche, atravesado en el portón, formaría una suerte de barricada. Preparamos unos viejos toneles llenos de tierra para colocarlos entre ruedas y así completar esta defensa improvisada desde la que podríamos tirar sobre algún intruso, si fuera necesario. Viendo nuestros preparativos para la defensa, las familias criollas del vecindario vienen a pedirme que les permitamos entrar a refugiarse en nuestra casa, en caso de ataque. Se preparan escaleras contra las medianeras de los patios, con el fin de poder mudarse de nuestro lado a la menor alarma. Nos preocupa la responsabilidad de tantas vidas. Sin embargo, frente al valor que nuestros vecinos le dan a la idea de refugio, no nos animamos a decir que no.

Pasamos tres semanas así, cocinando doble ración de pan en el horno, en previsión ... huéspedes inesperados y de un bloqueo que nos impediría salir a buscar provisiones. Mientras fundimos balas en la cocina y fabricamos una buena provisión de cartuchos, nuestros amigos criollos cosen sus perlas y sus diamantes en sus vestidos, esconden en sus bolsillos el oro que tienen y entierran los objetos de plata. De noche, el menor ruido insólito, al menor ladrido de nuestros perros, nos levantamos, tomamos las armas y recorremos los cuatro o cinco patios de la vivienda” (149).

Aparece aquí la otra variante de lo que significa vivir juntos en América. Se trata de afrontar el peligro de la barbarie, *intimando solo con los que son iguales o semejantes en un plano social*, es decir, con aquellos que tienen posesiones para resguardar. Desde esta otra perspectiva, entonces, *vivir en América implica sobrevivir a la guerra y cuidar del patrimonio* (“los bolsillos llenos de oro”, “la platería enterrada”, las “perlas cosidas en los vestidos”, para que no las encuentren). De ahí que la cocina - corazón de una casa - se convierta ahora en una fábrica de municiones donde el fuego sirve menos para cocinar, que para fundir las balas.

Es notable la plasticidad de Lina para dejar de lado las emociones blandas (ternura, afectividad, que muestra en el capítulo sobre el arca de Noé), y asumir otra postura más agresiva o combativa, necesaria para resguardar las posesiones. La viajera descubre que de eso se trata, también, la vida en América. De que las mujeres puedan entrar en combate cuando hace falta, tal como lo muestran otros relatos o ficciones locales de la época, entre ellos la novela *Amalia*, de José Mármol (1853-55), donde la casa afrancesada de la protagonista se convierte, de un momento a otro, en una casa tomada por la política. Solo que en la crónica de Lina lo que hace falta preservar con el fusil en mano no son las ideologías políticas, sino *el patrimonio concreto de los colonos*. Llegado ese momento, la vida en América se manifiesta a través de las pasiones violentas.

Hay otros momentos en el texto donde la narradora da cuentas de otra clase de violencias asociadas a la clase, al género, a la religión, casi siempre involucran a las mujeres: las negras o las indias maltratadas por los blancos, las señoras blancas sometidas por los curas católicos. Pero también hay momentos de empatía o de una sigilosa solidaridad con los blancos, por ejemplo, cuando se apiada de una propietaria que perdió todo su patrimonio al quedarse sin mano de obra de trabajo en 1953, cuando se decreta la libertad de los esclavos. O también

en el capítulo titulado “La quemazón”, cuando la sorprende un “incendio de campo” en medio de un paseo, aunque logra salir del lugar sin mayores problemas. Pero en la salida se encuentra con un indio cuya presencia le provoca “una gran inquietud”. Entonces comprobamos que la quemazón no la asusta tanto como el indio, que le provoca de inmediato un miedo o una prevención instintivas. ¿Habría leído Lina Beck estos grandes relatos del romanticismo local? ¿Habría conocido la narrativa de los viajeros ingleses? No tenemos este dato, aunque sabemos que la escritora era una lectora bien informada, además de ser una viajera ávida por conocer a fondo la cultura local, así que no hay que descartar que Lina haya sido consciente de estas resonancias intertextuales. Lo cierto es que, bajo la mirada europea de esta viajera, el indio una vez más representa lo atávico, lo inabordable, la impresión de una América salvaje y desconocida, enigmática y, por eso mismo, deslumbrante. No hay que sorprenderse de que este capítulo termine con la imagen centelleante de millares de luciérnagas que se encienden y se apagan de manera intermitente sobre la llanura, ofreciendo un espectáculo de sutil belleza. La prosa de Lina también centellea, mientras se recuerda contemplando la escena a medida que los jinetes se alejan, para describirla así:

“Retomamos el camino hacia la ciudad. Llega la noche. Millones de luciérnagas revolotean en las hierbas altas como chispas animadas. Los colibríes, las lindas periquitas verdes, tórtolas, miles de pájaros encantadores vuelven a sus nidos. El búho con cabeza blanca sigue todavía plantado con aire grave sobre los pequeños montículos que hacen las vizcachas (o perros de la llanura) cuyas numerosas madrigueras surcan los campos” (120).

Coda o conclusión

Entrar en América, recorrer el Litoral y probar sus profundidades implica asumir un riesgo que no solo es político, social, empírico, sino también intimista. De eso se trata el viaje de Lina, de probar las emociones contrapuestas que puede deparar el encuentro con hombres y mujeres de otras geografías o culturas. *Cómo vivir juntos* se preguntó alguna vez Roland Barthes, en un libro que también explora costumbres, culturas, tradiciones, para entender si puede realizarse (o no) esa aventura humana de la convivencia. El libro de Lina Beck Bernard, que pasó tan solo seis años en el Litoral argentino, nos ofrece interesantes perspectivas sobre su residencia en América, donde “vivir juntos” implica no solo estar en *otra parte*, lejos del país natal y de la casa propia. No solo estar con los que son semejantes (otros colonos/as europeos/as que vienen con ansias de progreso al Paraná), sino también

probar la vida o explorarse a sí misma, lejos de todo lo conocido. Probar de qué se trata realmente vivir juntos en esas tierras lejanas, abrirse a la intimidad que depara lo nuevo en un confín de América, dejar que esa *intimidad con otros* muestre su *docilidad*, pero también su *rechazo* a los que son diferentes. Probar que en América la experiencia de vivir juntos y escribir a solas es una aventura que desestabiliza la mirada, la lengua, la propia historia (también la Historia) y los valores culturales de quien se atreve a ir y a volver, a ponerse en riesgo, a interactuar con otros confrontando los límites o las fronteras porosas del *yo*, que en este caso remite a una mujer europea, viajera, migrante y escritora, cuya obra se inscribe con peso en la literatura argentina.

Bibliografía

- BARTHES, Roland. 2007. *Cómo vivir juntos. Notas de cursos y seminarios en el College de France, 1976-1977*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores Argentina.
- BECK- BERNARD, Lina. 1864. *Parana: Cinq années de séjour dans la République Argentina*, Paris, Grassart, Libraire Editeur, Genève (E. Béroud, libraire) Neufchatel (L. Delachaux, libraire).
- BECK-BERNARD, Lina. 1872. *Fleurs des Pampas: Scènes et souvenirs du desert argentin*, trilogía constituida por “L’estancia de Santa-Rosa”, “Telma” y “Frère Antonio”, Richard, Paris-Génova.
- BECK- BERNARD, Lina. 2013. *El Río Paraná. Cinco años en la República Argentina*. Introducción, cronología, bibliografía y notas de Claudia Torre, traducción de Cecilia Beceyro, Paraná, EDUNER, Universidad Nacional del Litoral y Universidad Nacional de Entre Ríos.
- BECK-BERNARD, Lina. 2018. *Trilogía narrativa y ensayos*, Adriana Crolla (ed.), traducción de Silvia Zenarruza de Clément y Verónica Cerati, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- BECK- BERNARD, CHARLES. 1865. *La République Argentine, Lafontaine et Rouge libraires-éditeurs*, Lausana.
- BERGER, John. 2007. *Modos de ver*, Barcelona, Gustavo Gil.
- BUSANICHE, José Luis. 1935. *El río Paraná. Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862* (traducción de J. L. Busaniche, El Ateneo Librería Científico y Literaria, Buenos Aires.
- DESPRET, Vinciane. 2022. *Habitar como un pájaro. Modos de hacer y de pensar los territorios*, Buenos Aires, ediciones Cactus.
- FONTANA, Patricio. 2022. “Mujeres en movimiento. Del viaje obligado al viaje deseado”, en *Mujeres en revolución. Otros comienzos*, Batticuore, G. y Vicens. M, en *Historia feminista de la literatura argentina*, Villa María, Eduvim.
- IGLESIA, Cristina. 2021. “Fuegos”, en *Parajes*, Buenos Aires, editorial Nudista.
- MISERES, Vanesa. *Mujeres en tránsito. Viaje, identidad y escritura en Sudamérica (1830-1910)*. Chapel Hill, NC: North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 2017.
- MULVEY, Laura. 1975. “Placer visual y cine narrativo”, *Screen*, 16, 3, otoño, pp. 6-18.
- SERVEELLI, Martín (introducción, selección y notas). 2006. *Viajeros al Plata (1806-1862)*, Corregidor, Buenos Aires.
- SZURMUK, Mónica. 2007. “Reina del interior: *Le rio Parana* de Lina Beck-Bernard”, en *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina, 1850-1930*, Instituto Mora, México.
- ZUCCOTTI, Liliana. “Legados de guerra”, en: Cristina Iglesia, comp. *El ajuar de la patria. Ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti*. Buenos Aires: Feminaria, 1993. pp. 80-93.